

—Es preciso. Es el único medio de salvar la honra. El que huyó antes no vendrá á preguntar nada...

El hombre, abatido sobre el pecho la cabeza, meditaba. Ella insinuó:

—¿Consentirás sufrir tamaña vergüenza?

—Tienes razón.

—Lo principal está consumado. Nada debemos temer. Con serenidad... ¿Calculasté bien el peso?

De afuera llegaba viento frío. El agua se rizaba con ondulaciones más violentas. Las olas se perseguían hasta chocar contra los peñascos, donde se alzaban soneras, vestidas de espumas. Sobre el fondo pardo de las colinas desvanecíase la nota blanca de las casas diseminadas en ellas. Fundiase en un tono rojo la amplia gama de verdes que acusaban los bosques, los pinares, los pequeños huertos. Las gaviotas recortaban en el azul su candidez rauda; de vez en vez, alguna turbaba el vuelo majestuoso, descendía y tornaba á elevarse, llevando en el pico un despojo argentado y sangriento. Un faro destelló súbitamente alumbrando hasta gran distancia. Interrogó el chiquillo:

—¿Más allá, señoritos?

—Sí, un poco más.

Marcharon breve rato, la mujer dijo en tono quedo al oído de su esposo:

—Ahora—y en voz alta, ligeramente enronquecida—. Aquí ya podemos merendar; abre la cesta.

Su mirada fulgía trágica en la sombra. En un silencio henchido de presagios fúnebres, percibióse el jadear del viejo y del muchacho inclinados sobre los remos. El señor levantó el canastó, apoyóle en la borda y fingiendo un traspies, lo dejó caer al mar, donde se hundió con un sonido en el que dominaba la ele.

—¿Qué ha sucedido?

—La cesta.

—¿Se ha caído la cesta?—interrogó el botero.—¡Cía, chico!

—Tal vez se haya sumergido. ¡Tonía tanto peso!

—Sería muy difícil encontrarla.

—Se está picando la mar.

—¿Es aquí donde hay tanto fondo?

—¿Aquí? Lo menos veinte brazas.

—¿Y no es mucho?

—Mucho; sí, señora.

—Será mejor volvernos á tierra. ¡Buena tarde!

—Cuando usted quiera, caballero.

Aún la mujer volvió á mirar atrás. El regreso fué difícil, el viento batía la proa, debilitando el esfuerzo de los remeros. Durante el trayecto no hablaron nada, y cual si tomesen mirarse, distrajeron la vista en la fosforescencia que los remos arrancaban al mar. En la monotonía negra de las casas reflejándose invertidas, detonaba el cabrilleo áureo de algunas luces. El muelle avanzaba su mole férrea, sostenida por erectos pilares; éstos parecían en el agua haber perdido su resistencia y culebreaban flácidos, cual si fueran á ceder al peso.

Desembarcaron. El caballero regateó el precio exigido por el patrón.

—Es muy caro; ha sido una tarde desgraciada.

Llegaron á la quinta. Era domingo y la criada no había vuelto aún. Abrieron el cuarto de la enferma cerrado con llave. Sobre la albura del lecho mostraba la paciente su lividez. Interrogó con una mirada á sus padres. Ellos nada dijeron. En la almohada una tenue huella acusaba un sitio vacío.